

Mitos de la antigua Grecia

Héroes y monstruos, dioses y diosas

Estas son algunas historias que se vienen contando desde hace dos mil años o más. Son historias que nos vienen de la antigua Grecia. (En la sección de Historia del mundo de este libro, podrás leer sobre la gran civilización de la antigua Grecia). A estas historias se les llama “mitos.” Muchos mitos nos hablan de valientes héroes, grandes batallas, monstruos terribles o dioses y diosas. Algunos mitos explican por qué existen las estaciones, o por qué hay volcanes, o cómo se formaron las constelaciones en el cielo. Por supuesto, actualmente conocemos las verdaderas razones por las que estas cosas existen. Pero hace mucho, mucho tiempo, la gente creía que los mitos eran verdaderos. Aun cuando ya no creemos en los viejos mitos, nos gusta contarlos porque son historias maravillosas.

Al igual que la gente de otras antiguas civilizaciones, de las cuales ya has aprendido, los antiguos griegos creían en muchos dioses y diosas. Los griegos construyeron hermosos templos como el Partenón, para honrar a sus dioses. En la mitología griega los dioses y diosas algunas veces actuaban como gente normal—como tú o como yo. Ellos necesitaban comer, beber y dormir. Podían estar felices en un momento y molestos en el siguiente. Se enamoraban y se casaban. También se engañaban, discutían y se peleaban entre sí.

Sin embargo, a diferencia de los humanos, los dioses griegos tenían poderes mágicos. Algunos dioses podían convertirse en animales, o lanzar relámpagos desde el cielo. Los griegos creían también que los dioses eran inmortales, lo que significa que nunca morían, sino que vivían por siempre.

Los antiguos griegos creían que los dioses y diosas vivían en una montaña que se erguía más allá de las nubes, llamada el Monte Olimpo. Según su creencia, desde allí los dioses miraban hacia la tierra y usaban sus poderes para ayudar a la gente que les gustaba, o hacer daño a la gente que no les gustaba.

Conozcamos algunos de los principales dioses y diosas griegos.

ILUSTRACIÓN. *Monte Olimpo*

Zeus, el rey de los dioses, controlaba los cielos y resolvía las discusiones entre los dioses. Él podía cambiar de forma en un instante. Sí quería, podía venir a la tierra en forma de cisne o como un toro feroz. Cuando se enfurecía tenía el poder de arrojar relámpagos desde los cielos.

ILUSTRACIÓN

Hera, la esposa de Zeus, era la reina de los dioses y la diosa del matrimonio. Era una persona muy celosa. Su esposo, Zeus, tenía la costumbre de enamorarse de muchas otras diosas y mujeres, por eso es que Hera tenía fundadas razones para ser celosa.

ILUSTRACIÓN

Poseidón, el dios de los mares, era especialmente importante para los griegos. ¿Puedes adivinar por qué? (Mira en el mapa y verás de qué está rodeada Grecia). Poseidón tenía el poder de hacer que los océanos estuvieran tan calmados como un bebé que duerme, o que mostraran su furia, elevando las olas al extremo de romper un barco en pedazos. En las pinturas, Poseidón es representado con una barba muy larga y sosteniendo un tridente, que es una especie de tenedor muy grande con tres puntas.

ILUSTRACIÓN

Apolo, uno de los hijos de Zeus, era el dios de la luz. Algunas veces es llamado Febo Apolo. “Febo” significa “brillante” o “resplandeciente.” También era el dios de la poesía y la música. Nadie podía cantar más bellamente ni tocar la lira más dulcemente que él (la lira es un instrumento parecido a un arpa, pero más pequeño). También era el dios de las curaciones y el dios del arco y la flecha.

58

ILUSTRACIÓN

Artemisa, hermana gemela de Apolo, era diosa de la luna y de la caza. Ella amaba los bosques y las criaturas salvajes que vivían en ellos. Adoraba ser libre e independiente. Por eso hizo prometer a su padre, Zeus, que nunca la haría casarse—promesa que Zeus cumplió.

ILUSTRACIÓN

Afrodita era la diosa del amor y la belleza. Al nacer emergió de las calmadas olas del mar, rodeada de un suave colchón de espuma. Tenía un hijo llamado **Eros**, aunque tal vez tú lo conozcas por un nombre más familiar: Cupido. Seguramente habrás visto la figura de Cupido en las tarjetas del Día de San Valentín. Los griegos decían que cuando Afrodita quería que alguien se enamorara, le ordenaba a Eros que disparara a la persona una flecha mágica. Si acertaba, entonces la persona se enamoraba del primero que veía. Nadie podía resistirse al poder de esas flechas mágicas, ni siquiera el mismo Zeus.

ILUSTRACIÓN

Ares era el cruel y despiadado dios de la guerra. Dondequiera que él iba sembraba muerte y destrucción. Nadie lo quería, ¡ni siquiera sus padres, Zeus y Hera!

59

ILUSTRACIÓN

Hermes, el mensajero de los dioses, llevaba las órdenes de los dioses a los humanos en la tierra. En las figuras es representado frecuentemente con un sombrero alado y san-

dalias aladas para mostrar lo rápido que podía viajar.

ILUSTRACIÓN

Hefestos era el dios del fuego y la fragua. El podía originar volcanes haciendo que de la tierra emergieran fuego y lava. (La palabra “volcán” proviene del nombre que los romanos dieron a este dios: Vulcano) Pero más que todo usaba el fuego para fabricar objetos. Con éste calentaba el metal y hacía armaduras, espadas y lanzas, o hermosas copas y brillantes joyas. Hefestos era cojo y pasaba casi todo su tiempo trabajando en su ardiente forja.

ILUSTRACIÓN

60

Atenea era la diosa de la sabiduría. Para la gente de la ciudad griega llamada Atenas, ella era una diosa especial, puesto que según su creencia, ella protegía su ciudad. Su nacimiento fue de lo más insólito. Un día Zeus tenía un terrible dolor de cabeza. Se quejó de esto ante Hefestos, quien tomó su martillo y le dió un golpe a Zeus en la cabeza. De la cabeza de Zeus salió Atenea, ya crecida y vestida con una armadura.

ILUSTRACIÓN

Hades era el horrendo dios del mundo subterráneo, el oscuro y sombrío lugar bajo la tierra donde los griegos creían que iba la gente cuando moría. Los griegos llamaban frecuentemente a este lugar Hades, el mismo nombre del dios que gobernaba allí sobre la muerte.

ILUSTRACIÓN

61

Los mismos dioses: diferentes nombres

Los dioses y diosas de los antiguos griegos fueron más tarde adorados por la gente de la antigua Roma. (Aprenderás más sobre los romanos en el libro de tercer grado de esta serie). Si buscas en tu biblioteca libros sobre mitología, puede que encuentres algunos que usan los nombres griegos de los dioses, mientras que otros utilizan los nombres romanos. Este cuadro te ayudará a identificar quién es quién. ¿Te son familiares algunos de los nombres romanos?

Nombre Griego	Nombre Romano	Nombre Griego	Nombre Romano
Zeus	Júpiter	Ares	Marte
Hera	Juno	Hermes	Mercurio
Poseidón	Neptune	Hefestos	Vulcano
Apolo	Apolo	Atenea	Minerva
Artemisa	Diana	Hades	Plutón
Afrodita	Venus		

Dioses de la naturaleza y criaturas míticas

Los griegos creían también en otros dioses y diosas que estaban relacionados con la tierra y la naturaleza.

Dionisio era el dios del vino. Dondequiera que él iba enseñaba a la gente a cultivar la vid y hacer vino. Pero en algunas ocasiones Dionisio y sus ayudantes hacían que la gente actuara desatinadamente o cometiera locuras.

ILUSTRACIÓN

Deméter era la diosa de los granos y las cosechas. Los griegos creían que gracias a ella crecían el maíz y otros granos en los campos, y que hacía crecer los árboles y florecer las flores. A propósito, el nombre romano de Deméter era Ceres. De ese nombre es que ha llegado hasta nuestro mundo el nombre del alimento que generalmente tomas en el desayuno: ¡cereal!

En la mitología griega encontrarás algunas criaturas muy singulares. Algunas son hermosas, como el caballo alado llamado **Pegaso**.

62

ILUSTRACIÓN

Algunas producen temor, como **Cerbero**, un perro que pertenecía a Hades, el dios del mundo subterráneo. ¡Este perro no era el mejor amigo del hombre! Tenía tres cabezas y se encargaba de vigilar la puerta del mundo subterráneo. Hacía entrar a los espíritus de los muertos y luego se aseguraba que no pudieran salir jamás.

ILUSTRACIÓN

Algunas criaturas míticas eran en parte humanos y en parte animales. **El centauro** era mitad hombre y mitad caballo.

ILUSTRACIÓN

Un personaje de curiosa apariencia era **Pan**, que tenía patas de cabra y cuernos de cabra en la cabeza. Era una criatura salvaje y traviesa, a quien le gustaba bailar por los bosques y montañas. Tocaba música alegre con un instrumento hecho de una serie de tubos.

Prometeo trae fuego, Pandora trae la desgracia

63

Este es un mito que narra como sucedió una cosa buena, seguida de una cosa muy mala.

En aquellos tiempos sólo los dioses del Monte Olimpo conocían el fuego. En la tierra, la gente no tenía con qué iluminarse en la oscuridad o calentarse en una noche fría, y tampoco podían cocinar sus alimentos.

Había un gigante muy valiente y poderoso llamado Prometeo, que sentía mucha lástima por la raza humana. Por esa razón robó el fuego sagrado de los dioses y lo llevó a la gente en la tierra.

ILUSTRACIÓN

Cuando Zeus, el rey de los dioses, supo lo que Prometeo había hecho, se puso furioso. Para castigarlo hizo atar a Prometeo a una roca con cadenas imposible de romper. Día tras día, una feroz águila bajaba hasta donde estaba Prometeo y le clavaba sus garras en el cuerpo, sacándole las entrañas. (Mucho tiempo después, Prometeo fue finalmente liberado por un héroe llamado Hércules—pero ésa es otra historia).

Luego Zeus miró hacia la tierra y dijo: “Dejemos que la gente mantenga su fuego. Yo los haré cien veces más miserables de lo que eran antes de tener fuego.” Así que le pidió a Hefestos que usara todas sus habilidades para hacer una mujer en su forja. Zeus llamó a esta mujer Pandora, y cuando le sopló el aliento de vida, se convirtió en una joven tan dulce y encantadora como una flor en primavera. Entonces envió a Pandora a la tierra y le dió una caja cerrada advirtiéndole que nunca la abriera.

ILUSTRACIÓN

64

Pero Pandora era muy, muy curiosa. Cada vez que miraba la caja aumentaba su curiosidad por saber qué había dentro. Ella sabía muy bien que Zeus le había ordenado no abrirla. Pero, se dijo a sí misma, ¿qué podría pasar si sólo diera una miradita dentro? Así que abrió la caja y de ella salieron volando toda clase de cosas malas para el mundo: dolor, enfermedad, desastre, tristeza, celos, y odio.

Pero se dice que había algo más en la caja de Pandora: esperanza. La esperanza es lo que mantiene a la gente a pesar de todas las cosas malas que pasan en el mundo.

Edipo y la Esfinge

Hace mucho tiempo, cerca de la ciudad griega de Tebas, vivía una terrible criatura llamada la Esfinge. Esta tenía el rostro de una mujer pero el cuerpo de un león alado. Cuando los viajeros llegaban a la ciudad, ella descendía al camino y se ponía frente a ellos. Entonces les pedía que adivinaran un acertijo. Si podían adivinar el acertijo, los dejaba pasar. Pero si no podían, ¡se los comía! Hasta ese momento nadie había podido responder el acertijo. Todos los habitantes de Tebas vivían atemorizados por el monstruo.

Un día un joven muy inteligente y valiente llamado Edipo iba camino a Tebas. Cuando la Esfinge lo vio se sonrió, porque pensó que pronto se convertiría en una deliciosa cena.

ILUSTRACIÓN

“Adivina este acertijo,” le dijo la Esfinge a Edipo, “o encontrarás tu muerte. ¿Cuál es

la criatura que en la mañana camina en cuatro patas, al medio día en dos y en la noche en tres?”

Edipo miró a la Esfinge y le respondió: “El hombre. En su infancia gatea con sus manos y rodillas, que es como tener cuatro pies. Cuando es un adulto camina en dos pies. Y en el anochecer de su vida, cuando es un anciano, usa un bastón, lo que equivale a caminar en tres pies.”

¡Edipo había resuelto el acertijo! La Esfinge se enfureció tanto que se arrojó al océano y se ahogó. Los habitantes de Tebas le estaban tan agradecidos a Edipo que lo nombraron su nuevo rey.

Teseo y el Minotauro

Hace mucho tiempo, no muy lejos de Grecia, en la isla de Creta, vivía un rey llamado Minos. El Rey Minos declaró la guerra a la ciudad griega de Atenas. Quemó los barcos atenienses y destruyó sus cosechas y jardines. Luego envió un cruel mensaje al rey de Atenas, Egeo. “Cada nueve años,” le mandó a decir el Rey Minos, “cuando llegue la primavera, deberás escoger a siete de tus jóvenes y siete de tus doncellas y enviármelos en un barco. Si no haces esto mis soldados incendiarán tu ciudad hasta destruirla.”

“Pero,” le preguntó el ateniense, “¿qué les pasará a los jóvenes y a las doncellas?”

“En Creta,” le respondió el Rey Minos, “hay un laberinto gigantesco diseñado por el maestro inventor Dédalo. Quien entre al laberinto no podrá jamás encontrar la salida. En lo profundo del laberinto habita un monstruo, mitad hombre y mitad toro, llamado el Minotauro. Pondré a tus jóvenes y doncellas dentro del laberinto y allí serán devorados por el Minotauro.”

Y así, transcurridos nueve años, cuando las flores empezaron a florecer en la primavera, no había alegría en Atenas, sólo tristeza y lágrimas. Siete jóvenes y siete doncellas fueron embarcados en un barco de vela negra y enviados a su terrible destino en el laberinto.

Cuando habían pasado casi otros nueve años, arribó en Atenas un joven príncipe cuyo nombre era Teseo. En realidad era hijo del Rey Egeo, pero había sido criado por su madre en un pueblo lejano. Ahora que era ya un joven había llegado hasta Atenas para conocer a su padre, el Rey. El rey Egeo abrazó a su hijo con gran regocijo.

Teseo llegó a Atenas justo unos cuantos días antes de que los siete jóvenes y siete doncellas fueran enviadas donde el Minotauro. Cuando Teseo supo de esto, le dijo a su padre: “Yo tomaré el lugar de uno de los jóvenes. Mataré al Minotauro y todos volveremos a salvo.” El Rey Egeo le rogó a su hijo que no fuera. Pero Teseo insistió y le prometió a su padre: “Cuando regrese, cambiaré la vela negra del barco por una vela blanca; así sabrás que vencí.”

El barco partió de la isla de Creta. Al llegar las jóvenes víctimas marcharon a través de las calles, camino al laberinto. Y fue en ese momento que Ariana, hija del Rey Minos, vio a Teseo. Ella no podía soportar la idea de que ese joven y apuesto príncipe

fuera enviado a la muerte. Fue donde Dédalo, el inventor del laberinto, y le preguntó que cómo sería posible para alguien que entrara al laberinto salir de él nuevamente. Dédalo le dió una idea inteligente, y ella corrió a la prisión donde habían encerrado a Teseo.

Ariana le murmuró: “Escúchame, Teseo. Si me prometes que te casarás conmigo y me llevarás a Atenas contigo, yo te ayudaré.” Teseo aceptó gustoso. Entonces Ariana le dió un ovillo de hilo y le dijo que lo atara un extremo a la puerta del laberinto y que fuera desenrollándolo mientras caminaba por los pasadizos. De esa manera, después podría hallar la salida siguiendo el hilo.

Teseo se encontró muy pronto en lo profundo de los oscuros y sinuosos pasadizos del laberinto. Escuchó un feroz rugido: era el ronquido del Minotauro, que dormía. Teseo se abalanzó rápidamente sobre la bestia. Nunca antes había luchado con tan fuerte y salvaje oponente. Rugiendo ferozmente, el Minotauro respondió el ataque. Pero Teseo había cogido a la bestia por sorpresa y al final el Minotauro cayó muerto.

ILUSTRACIÓN

Siguiendo el hilo que había dejado a lo largo del camino, Teseo logró salir del laberinto. Con la ayuda de Ariana, liberó a los otros jóvenes y a las doncellas griegas. Luego todos abandonaron el barco y emprendieron el retorno a Atenas.

Pero, ¡qué lamentable error cometió Teseo! En su apuro por escapar, olvidó reemplazar la vela negra por una vela blanca. Su padre había pasado días enteros sentado en un risco observando el horizonte, aguardando el retorno de su hijo. Cuando a lo lejos el rey Egeo vio el barco con la vela negra, se desmayó y cayó al mar.

Desde entonces, el mar donde el Rey se ahogó es llamado Mar Egeo.

Ícaro y Dédalo

Como sabes, el maestro inventor Dédalo diseñó el laberinto para el Rey Minos. Y fue Dédalo quien le indicó a Ariana cómo podía escapar Teseo del laberinto. Cuando el Rey Minos lo supo, se enfureció tanto, que como castigo arrojó a Dédalo dentro del laberinto, junto con su joven hijo, Ícaro.

Ni siquiera el hombre que había diseñado el laberinto pudo encontrar la salida. ¿Morirían allí padre e hijo? No, porque cuando Dédalo vio a las gaviotas volar sobre el lugar, se le ocurrió una idea. Poco a poco, fue juntando plumas, hasta reunir gran cantidad de ellas. Las pegó una a una con cera y así hizo dos pares de alas similares a las de las aves. Se colocó él un par y le puso a Ícaro el otro par. Luego le mostró a su hijo cómo tenía que mover los brazos para atrapar el viento con sus alas.

“Ahora, hijo,” le dijo, “salgamos volando de acá. Pero escúchame cuidadosamente. No debes volar muy alto, pues te acercarías mucho al sol y su calor derretirá la cera de las alas.”

Dédalo e Ícaro salieron del laberinto volando sobre el mar y se alejaron de la isla de

Creta. “¡Oh!” exclamó Ícaro, “¡Es maravilloso ser libre y poder volar por los aires!”

“Sí,” dijo Dédalo, “pero no vuelas muy cerca al sol.”

De pronto, una corriente de aire elevó a Ícaro, pero tanta era su excitación, que olvidó lo que su padre le había advertido. Volaba cada vez más alto, hacia las alturas del cielo.

ILUSTRACIÓN

El calor del sol empezó a derretir la cera, y una por una cayeron las plumas de las alas. Ícaro empezó a caer y caer, hasta el mar. Dédalo lloró de dolor al ver que su hijo cayó al mar y las aguas lo sepultaron.

Aracne la tejedora

En toda Atenas, no había quien pudiera hilar tan fino o tejer tan maravillosas telas como una joven llamada Aracne. La gente de millas a la redonda venía a admirar sus telas. Aracne se enorgulleció tanto de sus tejidos, que empezó a alardear. “¡Yo soy la tejedora más maravillosa del mundo!”

“Sí, claro,” le decían sus amigas, “casi como la gran diosa Atenea.”

“¿Atenea? ¡bah!” respondía Aracne. “¿Acaso puede ella hilar tan fino, o tejer telas tan bellas como las mías? ¡Yo podría hasta enseñarle un par de cosas!”

Una ancianita envuelta en un manto oscuro le habló un día a Aracne. “Ten cuidado, querida,” le dijo. “Debes mostrar más respeto por los dioses. Tu presunción podría molestar a Atenea.”

“Yo no le temo a Atenea,” exclamó Aracne. “Que venga acá y veremos quién teje mejor.”

Entonces, la anciana se despojó del manto. Hubo un brillante destello de luz y frente a Aracne apareció la misma Atenea, la diosa de los ojos grises. “Estoy lista,” le dijo Atenea suavemente. “Llévame a tu telar y empecemos. Cuando hayamos terminado, si tu trabajo es mejor, entonces no tejeré nunca más. Pero si el mío es mejor, tú nunca más volverás a tejer. ¿Aceptas?” “Acepto,” dijo Aracne. “Empecemos ya.” Ella se fue a un telar y Atenea a otro. La gente observaba maravillada como la diosa y la joven tejían brillantes diseños en sus telas.

ILUSTRACIÓN

Con hilos de muchos colores, Aracne hiló telas tan delicadas y ligeras como seda. “¡Qué bellas,” decía la gente. “Casi parece que plasmara la luz del sol y los relámpagos en sus telas.”

Al terminar, Aracne se levantó del telar y dió un paso atrás para ver el trabajo de Atenea. En sus telas, la diosa había tejido flores que parecían a punto de florecer, un riachuelo que parecía correr y nubes que daban la impresión de flotar tranquilamente sobre un cielo azul, y sobre ellas, las deslumbrantes imágenes de los dioses mismos.

Cuando la gente vio esa maravilla, todos quedaron boquiabiertos. Aracne misma tuvo que reconocer que el trabajo de Atenea era más bello que el suyo. Se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar. “Oh, ¿cómo podré vivir sin hilar o tejer nunca más?” sollozó.

Cuando Atenea vio que Aracne nunca más sería feliz, a menos que pudiera hilar y tejer, le dijo: “Yo no puedo romper el acuerdo que hicimos, pero te transformaré y así podrás hilar y tejer por siempre.” Y con un toque, convirtió a Aracne en una araña, que corrió hacia una esquina y enseguida empezó a hilar y tejer una hermosa y resplandeciente tela.

Y por ello hay quienes afirman que todas las arañas que hay en el mundo son hijas de Aracne.

Hoy en día, los científicos emplean un nombre especial para la clase de animales a la que pertenecen las arañas. Las arañas no son insectos, sino *arácnidos*.

Atalanta pies-veloces

ILUSTRACIÓN

Atalanta era una hermosa doncella griega que podía correr más velozmente que el viento. Nada le gustaba más que correr libremente a través de los campos, por entre los bosques, y subir y bajar las colinas.

Su padre pensaba que debía casarse y sentar cabeza, pero ninguno de los jóvenes que diariamente llegaban a pedirle matrimonio le interesaban. Pero llegaban tantos, que un día ella anunció: “Si desean casarse conmigo, entonces escuchen esto. Me casaré con el hombre que pueda ganarme en una carrera.”

“¡Bien!” exclamaron los hombres. “Empecemos ya.” “Pero una cosa más,” dijo Atalanta. “Todo aquél que corra en la carrera y no pueda vencerme, perderá la vida.”

“Eso los asustará y se desanimarán,” pensó la joven, “porque todos saben bien que puedo ir más veloz que el viento.”

Y en efecto, muchos aspirantes empezaron a toser y dijeron que sentían que se iban a resfriar; otros recordaban de pronto que tenían algún asunto importante por atender, y que no podía ser postergado.

Pero se quedaron unos cuantos. Sí, habían oído sobre la velocidad de Atalanta, pero después de todo, ¿una chica los iba a derrotar? ¡Tonterías!

Y así, esos jóvenes empezaron la carrera. Ella les dió incluso cien pasos de ventaja. Pero para cada uno de ellos, fue una carrera hacia su muerte.

Un día llegó un joven llamado Hipómenes. A Atalanta le gustó su apostura, sus ojos

dulces, su espíritu valiente, y sintió pena por él. “No corras contra mí,” le dijo, “porque es seguro que te ganaré y ese será tu fin.”

“De todos modos permíteme intentarlo,” dijo Hipómenes. Por supuesto, él sabía que no tenía ningún chance de vencerla. Pero había orado a Afrodita, la diosa del amor, y le había pedido que le ayudara a ganar a Atalanta para hacerla su esposa. Y Afrodita había accedido a sus oraciones y le había dado tres manzanas de oro, diciéndole lo que debía hacer con ellas.

La carrera empezó. Aun cuando Atalanta empezó a correr cien pasos detrás del joven, muy pronto lo alcanzó. Cuando él sintió la respiración de la joven justo detrás de él, sacó una de las manzanas de oro y la arrojó por encima de su hombro.

Al ver Atalanta la brillante manzana, se salió del camino para recogerla. Hipómenes aprovechó para adelantar un poco. Pero Atalanta lo volvió a alcanzar fácilmente. Al hacerlo, él arrojó la segunda manzana aún más lejos del camino. Nuevamente la joven dejó el camino para recoger la manzana, porque sabía que igual ganaría. Nuevamente llegó a alcanzar a Hipómenes, que ya jadeaba de cansancio. Tomó la tercera manzana y la lanzó lo más lejos que pudo; pero ésta, con un empujoncito invisible de Afrodita, rodó por una colina.

Atalanta se dió cuenta que si iba tras la manzana podría quedarse demasiado rezagada y perder. Pero se hizo a un lado y fue tras ella para recogerla. Luego, tensó cada músculo para alcanzar a Hipómenes. Ambos se acercaban cada vez más a la meta; ella ya podía verle el rostro y escuchar su respiración. Y con un último esfuerzo, podría pasar al joven.

Repentinamente, sin embargo, Atalanta sintió por Hipómenes algo que no era pena, sino algo más cálido, y generoso. Por eso no aceleró más, y el joven logró cruzar la meta primero. Riendo, la joven tomó su mano y lo llevó hasta la casa de su padre, donde ese mismo día se casaron. Y desde arriba, Afrodita los miraba y sonreía satisfecha por la feliz pareja.

Deméter y Perséfone

Deméter era la diosa de todo lo que crecía de la tierra. Ella hacía madurar el maíz y los granos, los huertos producir frutos y florecer los campos.

Deméter tenía una hija, Perséfone, a quien amaba más que a nada en el mundo. En cierta ocasión, Deméter había ido a cuidar las cosechas en el campo y Perséfone se encontraba jugando en un campo lleno de flores. En eso se detuvo para cortar una flor, pero la arrancó de raíz, dejando un agujerito en la tierra. De pronto el pequeño agujero empezó a agrandarse y a hacerse más profundo y Perséfone escuchó un rugido como de un trueno que venía de la tierra bajo sus pies.

Del oscuro agujero salieron cuatro caballos azabaches tirando de un carruaje dorado, cuyo conductor era alto, de ojos tristes y llevaba una corona de oro. “Soy Hades, dios del mundo subterráneo,” dijo. “Ven conmigo y sé mi reina.” Y dicho esto, cogió a

Perséfone en sus brazos y se la llevó a su reino de tinieblas.

Cuando Deméter regresó, buscó a su hija por todos lados, pero no pudo encontrarla. Les preguntó a todos, pero nadie la había visto. Entonces le preguntó al sol, que todo lo ve. El sol le dijo que había visto a Hades llevándose a Perséfone a su reino subterráneo.

ILUSTRACIÓN

Cuando Deméter escuchó eso rompió en llanto. Fue tanta su tristeza, que el dorado maíz y el ondulante trigo murieron, los árboles perdieron sus hojas y el pasto se tornó marrón. La tierra entera se quedó fría y desnuda. Deméter decía llorando, “Nada crecerá en la tierra hasta que mi hija me sea devuelta.”

Al ver Zeus, el rey de los dioses, que la gente y los animales estaban hambrientos porque no había ni granos ni frutos para alimentarse, envió a Hermes, el mensajero de los dioses, a pedirle a Hades que dejara a Perséfone regresar donde su madre. “Tú conoces la ley, Hermes,” le dijo Zeus. “Si la joven no ha comido nada en el mundo subterráneo, podrá partir. Pero todo aquél que pruebe un bocado en ese lugar, deberá quedarse para siempre.”

Hermes voló desde las alturas del Olimpo hasta las profundidades del mundo subterráneo. “Rey de este oscuro lugar,” le dijo Hermes a Hades, “aun tú debes obedecer la voluntad del poderoso Zeus. Dile adiós a tu reina.”

Luego Hermes se dirigió hacia Perséfone. “Toma mi mano y marchémonos,” le dijo, “pero antes dime si has comido algo mientras permaneciste aquí.”

“No,” respondió la joven. “Tan solo unas cuantas semillas de esa fruta roja y brillante llamada granada, que arranqué de un árbol.”

ILUSTRACIÓN

Hades sonrió. “Entonces deberás quedarte conmigo,” le dijo. Pero Zeus dió una orden. Dijo que por cada semilla que Perséfone había comido, debía pasar un mes de cada año en el mundo subterráneo con Hades. Pero que se le permitiría pasar los otros meses del año con su madre.

Y es por eso que cada año, cuando Perséfone tiene que dejar a su madre y regresar con Hades, llega el invierno a la tierra. Pero los meses en que Perséfone pasa con su madre, ésta se siente tan feliz, que de la cálida tierra hace brotar las flores, los árboles, y producir las cosechas.

Las tareas de Hércules

La mayoría de la gente conoce al héroe griego Heracles por su nombre romano de Hércules, que es el que usamos en esta historia.

Hércules era el hombre más fuerte del mundo. Pero él no siempre usó su fuerza prudentemente. Una vez, en un arranque de ira golpeó a alguien hasta matarlo, aunque

no fue ésa su intención. Entonces fue al templo de Apolo a fin de preguntar qué podía hacer para enmendar ese terrible error. Se le dijo que fuera a casa de su primo, un rey llamado Euristeo, e hiciera todo lo que él le ordenara.

El Rey Euristeo era un hombre débil y malvado, que sentía mucha envidia por su primo, tan alto y fuerte. Así que cuando Hércules llegó a servirle, trató de idear las tareas más difíciles y peligrosas posibles.

“Hércules,” le dijo el rey, “tu primera tarea será ir a la tierra de Nemea. Allí, un terrible león ha estado matando, tanto al ganado como a la gente. Es tan fuerte, que de un zarpazo puede matar a un hombre. Su piel es tan dura que no hay espada, lanza o flecha capaz de atravesarlo. Deberás matar al león de Nemea y traerme su piel.”

ILUSTRACIÓN

“Bueno,” pensó el rey para sí mismo, “ése será el fin de Hércules.” Pero él no conocía la magnitud de la fuerza de su primo. Cuando Hércules llegó donde el león, saltó sobre la bestia y la sujetó, apretándolo muy fuertemente, hasta matarlo. Pero ¿cómo podría sacarle la piel? Al tratar de hacerlo con su cuchillo, la hoja se rompió en pedazos. Entonces a Hércules se le ocurrió una idea: usaría una garra de la pata del mismo león, y seguramente con eso lograría quitarle la piel. Y así fue; después de haber limpiado la piel se la puso encima como si fuera un abrigo, con la cabeza del animal a manera de capucha.

Cuando Hércules retornó, lucía como un león caminando en dos patas. El rey se sintió aterrorizado. “Quédate fuera del palacio,” le dijo, “que yo te gritaré mis órdenes.”

El rey ordenó a Hércules que diera muerte a un terrible monstruo de nueve cabezas que exhalaba fuego del hocico, al que llamaban la Hidra. Usando su enorme garrote, Hércules golpeó y arrancó una de las cabezas del monstruo, ¡pero en su lugar le crecieron dos cabezas! Entonces cogió un palo muy grande y le prendió fuego en un extremo. De esa manera, mientras arrancaba las cabezas con el garrote, sostenía el palo encendido en el cuello para evitar que le brotaran más cabezas.

Cuando Euristeo supo que Hércules había matado a la Hidra, pensó: “Mata monstruos y bestias con tanta facilidad, que debo pensar en otro tipo de tarea. ¡Ah, ya sé! Lo enviaré a través de las montañas a limpiar los establos del Rey Augias. Estos son los más grandes y sucios del mundo; están llenos de los desechos de miles de bueyes y vacas.”

Cuando Hércules llegó a los establos de Augias, lo primero que pensó es que necesitaría muchos años para que un solo hombre limpiara tal inmundicia, aun un hombre tan fuerte como él. Pero luego miró a su alrededor y vio un río que corría cerca del lugar. “¿Por qué no usarlo?” pensó. Así que le pidió al Rey Augias que sacara todos los animales del establo por un día. Entonces cavó un canal que iba desde el río hasta el establo e hizo correr el agua por todo el sucio lugar. El agua lavó toda la porquería en muy poco tiempo. Después, Hércules llenó nuevamente el canal para que el río volviera a su curso normal.

“Muy inteligente, Hércules,” le dijo el Rey Euristeo. “Pero ha llegado la hora del

verdadero desafío. Para tu siguiente tarea, te ordeno que me traigas las manzanas de oro que guardan aquellas doncellas mágicas, las Hespérides.” El rey rió entre dientes, pues sabía que esas manzanas pertenecían a Hera, la reina de los dioses y que se guardaban en un jardín secreto que nadie conocía. Hércules sabía que no podía encontrar a las Hespérides, pero sí sabía cómo llegar donde el padre de éstas, Atlas, el gigante que sostenía la tierra y los cielos sobre sus hombros.

“Poderoso Atlas,” le dijo Hércules, “¿podrías indicarme dónde puedo encontrar las manzanas de oro de las Hespérides?”

“Eso es un secreto que no te puedo revelar,” le respondió Atlas, “pero yo mismo te las podría traer si no tuviera que sostener los cielos y la tierra sobre mis hombros.”

“Ve entonces a traerme las manzanas, que yo los sostendré por ti,” le dijo Hércules.

“Estaré contento de que alguien me alivie de esta carga por un rato,” le dijo Atlas. Tomó entonces Hércules los cielos y la tierra y los puso sobre sus hombros. Sus rodillas se doblaron y murmuró a Atlas: “Date prisa, Atlas, pues no sé cuánto tiempo podré sujetar tan pesada carga.”

Al poco rato volvió Atlas con las manzanas de oro, pero no se las alcanzó a Hércules. “Yo mismo le llevaré estas manzanas al Rey Euristeo,” le dijo. Hércules se dio cuenta que Atlas no tenía intenciones de regresar, así que le dijo: “Gracias, Atlas, muy amable de tu parte. Pero antes que te vayas, ¿podrías por favor sostener los cielos y la tierra un instante? Yo no soy tan fuerte como tú y necesito ponerme un cojincillo sobre los hombros para aliviar el dolor.”

“De acuerdo,” le contestó Atlas. Y dicho esto, puso las manzanas a un lado y tomó la carga de los hombros de Hércules.

“¡Gracias por las manzanas!” dijo Hércules, y cogiéndolas, salió disparado.

Una vez que Hércules hubo cumplido estas y otras tareas más, los dioses le permitieron dejar el reino de Euristeo. Viajó así por toda Grecia, realizando muchas grandes proezas por donde iba.

Es posible que en tu salón de clases o en tu biblioteca haya un libro lleno de mapas, llamado *atlas*. La palabra “atlas” proviene del nombre de este personaje mítico que sostenía sobre sus hombros los cielos y la tierra.